

SOBREVIVIR AL NAUFRAGIO

FÉLIX OVEJERO

SOBREVIVIR AL NAUFRAGIO

EL SENTIDO DE LA POLÍTICA

PÁGINA INDÓMITA

© Félix Ovejero, 2020
© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona
www.paginaindomita.com

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiano
Ilustración de cubierta: Banksy,
La balsa de la medusa (reinterpretado)
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls
Primera edición: febrero de 2020

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-949992-5-3
Depósito legal: C-40-2020

A Cayetana, contra todo pronóstico

La lágrima fue dicha.
 Olvidemos
 el llanto
y empecemos de nuevo,
 con paciencia,
 observando a las cosas
hasta hallar la menuda diferencia
 que las separa
de su entidad de ayer
 y que define
el transcurso del tiempo y su eficacia.
 ¿A qué llorar por el caído
 fruto,
 por el fracaso
 de ese deseo hondo,
compacto como un grano de simiente?
No es bueno repetir lo que está dicho.
Después de haber hablado,
de haber vertido lágrimas,
 silencio y sonreíd:
 nada es lo mismo.
Habrà palabras nuevas para la nueva historia
y es preciso encontrarlas antes de que sea tarde.

ÁNGEL GONZÁLEZ, «Nada es lo mismo»

ÍNDICE

PREFACIO	15
INTRODUCCIÓN. DE LAS MUSAS AL TEATRO	27
La relación entre teorías y valoraciones	38
La relación entre ideas y actos	61
La relación entre las personas y sus obras	83
PRIMERA PARTE. PERPLEJIDADES TEÓRICAS	95
1. Teoría y crítica del buenismo político	97
Ciudadanos adolescentes	99
Doce verdades buenistas	101
La enseñanza	122
2. Teoría y práctica en la teoría política	125
Dos políticas, dos teorías	125
¿Sirve la teoría para la política?	139
Tres pesimismos	141
Los principios y las políticas	147
Para terminar	157

SEGUNDA PARTE. CERTIDUMBRES MORALES	159
3. Los valores en la teoría social	161
La ciencia y los valores	164
Valores y condiciones del conocimiento	169
Valores y causalidad	178
Valores, descripción y racionalidad	181
De nuevo: el alcance de los argumentos	185
4. La sociología crítica	191
La crítica epistémica	192
La sociología como crítica de la sociedad	195
Levantando el vuelo	200
La teoría social como utopía racional	201
Una defensa de la ingeniería social	204
Conclusión	213
TERCERA PARTE. MIMBRES HUMANOS	215
5. El limitado fracaso del <i>homo economicus</i>	217
Ventajas del <i>homo economicus</i>	219
El <i>homo economicus</i> como racionalidad.	
Tres interpretaciones	223
Los problemas del <i>homo economicus</i>	231
Conclusión. Una valoración matizada	249
6. Emociones razonables	257
Las emociones como enajenación	257
Nuevas ideas sobre las emociones	260
Una invitación a la prudencia	266
CUARTA PARTE. PATOLOGÍAS INSTITUCIONALES	269
7. Una democracia realista. ¿Sublimes sin interrupción?	271

¿Historia o diseño? Dos ideas de modelo	272
El mercado, ¿un tercer modelo?	274
¿Es diferente la democracia?	279
Entre lo real y lo ideal	281
Tres estrategias	284
8. El populismo, evolución patológica de la democracia. Una perspectiva de izquierdas	299
Cuatro modelos. Una historia conceptual	302
La crisis del modelo bienestarista	307
El fermento del populismo	311
Las novedades	314
Las respuestas	318
9. El populismo inevitable	321
La novedad del populismo	322
La tentación inevitable	323
Embridar la tentación	326
CONCLUSIÓN. CUANDO LAS MUSAS ENTORPECEN EL TEATRO	329

PREFACIO

Vana es la palabra de aquel filósofo que no remedia ninguna dolencia del hombre. Pues así como ningún beneficio hay de la medicina que no expulsa las enfermedades del cuerpo, tampoco lo hay de la filosofía si no expulsa la dolencia del alma.

EPICURO, *Fragmentos*, 221

[Los filósofos] creen hacer una obra divina y alcanzar la cumbre de la sabiduría, cuando en realidad han aprendido a alabar de diversas formas una naturaleza humana que no existe en parte alguna y a vituperar con sus dichos la que realmente existe. En efecto, conciben a los hombres no como son, sino como les gustaría que fuesen. De ahí que, las más de las veces, hayan escrito una sátira en lugar de una ética, y que no hayan ideado jamás una política que pueda llevarse a la práctica, sino otra que debería ser considerada como una quimera o que solo podría instaurarse en el país de Utopía o en la Edad de oro glosada por los poetas, es decir, allí donde no haría falta alguna. En consecuencia, como se cree que, entre todas las ciencias que se destinan al uso, la teoría política es la más alejada de su práctica, se considera que nadie es menos idóneo para gobernar el Estado que los teóricos o filósofos.

Los políticos, por el contrario, son contemplados como si se dedicaran a tender trampas a los hombres más que a ayudarles, y se juzga que son más bien hábiles que sabios. Efectivamente, la experiencia les ha enseñado que habrá vicios mientras haya hombres. Por lo tanto, se esfuerzan en prevenir la malicia humana mediante recursos cuya eficacia ha sido demostrada por una larga experiencia y que los hombres suelen emplear cuando son guiados por el miedo más que por la razón.

[...]

Sin embargo, no cabe duda de que esos políticos han escrito sobre política con más acierto que los filósofos, ya que,

como han tomado la experiencia por maestra, no han enseñado nada que se apartara de la práctica.

SPINOZA, *Tratado político*

La preocupación última que justifica este libro es la que da sentido a la política, su único sentido cabal: la intervención racional para mejorar el estado del mundo. Se trata de algo que pone de acuerdo a Aristóteles, a su atento lector, Marx, y hasta a los menos torpes defensores de la mano invisible, comenzando por el padre de la criatura, Mandeville. Este, en su tan mencionada como poco leída *La fábula de las abejas*, escribía: «Los vicios privados, *manejados diestramente por un hábil político*, pueden trocarse en beneficios públicos». La cursiva, claro está, es mía. Porque, efectivamente, la mano invisible también es ingeniería social, artificio, obra humana —ni orden natural del mundo ni, por supuesto, buen orden—. Lo sabemos todos. Lo sabe el lector, que ha comprado este libro merced a una complicada trama institucional que le permite realizar transacciones económicas y hacer uso de su derecho de propiedad, un uso justamente limitado por las reglas que todos nos hemos impuesto: el lector podrá leerlo o utilizarlo para calzar una mesa, pero no para golpear a su vecino o rellenar con sus páginas las croquetas de su restaurante. Y lo sé también yo, que ahora mismo, mientras remato su escritura —en los libros, como en las películas, el orden de exposición no es el de composición, y la casa acostumbra a comenzarse por el tejado—, empleo un teclado QWERTY, un resultado de la mano invisible que no es ni natural ni óptimo.¹

1. Probablemente el lector ya conoce la historia: en las primeras máquinas de escribir, cuando hubo que elegir la proximidad entre las letras del teclado, se optó por aquellas contigüidades que ralentizaban la escritura, esto es, por improbables conjunciones de letras, para evitar así que se trabaran las palancas al atropellarse unas a otras por el vertiginoso percutir de los mecanógrafos. En el principio hubo diseño, la combinación QWERTY; a partir de ahí, las sucesivas máquinas optaron por utilizar el sistema pre-

En efecto, la política es, al fin, diseño de instituciones para conducir debidamente los comportamientos humanos. Comportamientos de ángeles y, también, de demonios. En *La paz perpetua*, Kant sintetizó para siempre el reto de la política: encauzar las conductas, malas o buenas, para que se traduzcan en los resultados que la mejor versión de nosotros mismos consideraría deseables.

La constitución republicana es la única perfectamente adecuada al derecho de los hombres; pero es muy difícil de establecer, y más aún de conservar, hasta el punto de que muchos afirman que la república es un Estado de ángeles, y que los hombres, con sus tendencias egoístas, son incapaces de vivir en una constitución de forma tan sublime [...]. El problema del establecimiento de un Estado tiene siempre solución, por muy extraño que parezca, aun cuando se trate de un pueblo de demonios [...]. El problema es el siguiente: he aquí una muchedumbre de seres racionales que desean, todos, leyes universales para su propia conservación, aun cuando cada uno de ellos, en su interior, se inclina siempre por eludir la ley. Se trata de ordenar su vida en una constitución, de tal suerte que, aunque sus sentimientos íntimos sean opuestos y hostiles unos a otros, queden contenidos, y que el resultado público de la conducta de esos seres sea exactamente el mismo que si no tuvieran malos instintos. Este problema ha de tener solución.²

existente, el común y ya conocido. Se trata de una clásica economía de red, de una mano invisible con impulso inicial: el que llega primero tiene ventajas competitivas por el simple hecho de llegar primero. Quienes se incorporan más tarde se acogen al sistema compartido y, con su elección, lo refuerzan. Así pues, la mano invisible se encargó de consolidar el QWERTY. Y también la ineficiencia: hoy, cuando las máquinas han sido sustituidas por los procesadores de texto, podríamos utilizar combinaciones más ágiles. Pero el equilibrio es el equilibrio: la mano invisible no resultó ni santa ni buena.

2. I. Kant, «Suplemento primero: de la garantía de la paz perpetua», en *La paz perpetua*, Espasa, Madrid, 1919.

No sobra ni una coma. Tenemos un reto: establecer leyes justas con frágiles mimbres humanos. Y para eso necesitamos las instituciones. Sabemos lo que queremos, lo racionalmente debido, pero no ignoramos el menesteroso barro con el que estamos amasados. Nosotros mismos, en las horas más nobles y lúcidas, trazamos los mapas con los que nos regiremos en otras horas más indignas y frágiles. Y más frecuentes. Así pues, conviene ponerse en lo peor. No vale la solución buenista —*para que el mundo vaya bien, supongamos que somos ángeles*—. Y es que el buenismo, en la práctica, cuando es consecuente, acaba en campos de reeducación: *cambiamos a las gentes, de grado o de fuerza, para obtener los buenos resultados*. O en la paranoia: *si las cosas no funcionan, hay que encontrar a los traidores y saboteadores que se resisten a comportarse debidamente*.

Kant, más realista, no confiaba en una comunidad de kantianos. Hemos de configurar las instituciones para asegurar la buena república, para que, incluso con un pueblo de demonios, «el resultado público de la conducta de esos seres sea exactamente el mismo que si no tuvieran malos instintos». Ese es el problema que «ha de tener solución»; el problema que justifica y da sentido a la reflexión política. Y debemos tener en cuenta sus tres dimensiones: *a)* la de los principios, que guían nuestros actos; *b)* la de los humanos, a ratos ángeles y casi siempre demonios; *c)* la de las instituciones: las veredas institucionales por las que transitamos, unas veredas diseñadas por los ángeles para encauzar de la mejor manera los comportamientos de los demonios. Es sencillo, casi obvio, pero no suficientemente recordado por quienes tienen la obligación de tomárselo en serio. Cierto es que todos tenemos dicha obligación, pero muy en primer lugar la tienen quienes, en las aulas o en las instituciones, con las teorías o con las políticas, se ocupan de la política y lo hacen con la justificación última de nuestras reflexiones, la anticipada: la mejora del mundo.

En la introducción que sigue a este prefacio, un libro dentro de otro libro, hilvanaré algunas reflexiones sobre la

relación entre teoría y práctica. Tomando como excusa el empleo —el maltrato, para ser más justos— de la filosofía política republicana por parte del PSOE de José Luis Rodríguez Zapatero, desgranaré tres dimensiones que, con frecuencia, resultan ser fuente de confusión: *a)* la distinción entre teorías y valoraciones, un clásico de las ciencias sociales; *b)* la tortuosa relación entre las ideas y las acciones, esa que se desatiende cuando, por lo derecho, se acusa a las ideologías de los males de mundo; y *c)* la compleja trama causal que vincula a las personas con sus obras. En el resto del libro se incluyen, revisados, algunos trabajos aparecidos en diversos lugares y que, de distinta manera, vuelven sobre tales asuntos. Se agrupan en cuatro partes.

En la primera, titulada «Perplejidades teóricas», se recogen reflexiones en las que afloran tales perplejidades ante unos quehaceres intelectuales de discutible utilidad, por no decir de discutible moralidad. Dichas reflexiones parecen despreciar los asuntos (políticos) de los que se ocupan, un desprecio que no se justifica por la hondura o precisión de los productos. Y es que, no nos engañemos, la reflexión política, incluso la más honesta y pulcra, como especulación teórica, como «placer del pensamiento abstracto», que diría el poeta, tiene vuelo gallináceo. Carece de la brillantez de la filosofía seria, y aún más de la grandeza de las matemáticas. Su justificación tiene que ir por otro lado, por lo que preocupaba a Kant. Parafraseando a Ortega, se podría decir que o se hacen matemáticas o se hace la revolución o se calla uno. Lo que no procede es acudir a soluciones retóricas y levantar castillos en el aire. Y tal trivialidad campanuda tiene dos implicaciones algo menos triviales: no caben las beaterías de pizarra, las enormes tautologías del tipo «para que todo cambie, todo debería ser distinto», ni cabe tampoco ignorar el viento sucio de la historia, esto es, que la política son razones pero también poder. Se impone, por tanto, no engañarnos a nosotros mismos. Sin realismo con respecto al mundo y sus gentes, no hay política racional.

En la segunda parte, «Certidumbres morales», aparecen textos que tienen que ver con una de las dimensiones anticipadas en la introducción, la complicada relación entre el conocimiento y las valoraciones. Se trata, seguramente, de la discusión de fundamentos más clásica (y más fatigada) de la teoría social: la distinción entre los valores —entre el terreno donde se instala la determinación de los valores, de los fines que rigen las acciones— y los «hechos», los asuntos de las teorías empíricas, la cartografía con la que nos orientamos para aproximarnos a las metas.

Los trabajos incluidos en la tercera parte se ocupan, desde distintas perspectivas, de los mimbres humanos, de las motivaciones de los protagonistas de la historia. No somos ángeles ni tampoco demonios. Ni siquiera se puede decir que unos seamos ángeles y otros, demonios a tiempo completo. Somos, en palabras de Borges, «un yo plural de una sola sombra»: unas veces, buenos; y otras, pues no tanto. Con nuestras parejas, somos generosos y hasta comunistas («de cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades»), y con los extraños, con quien nos vende un piso, o quien nos compra un trasto mediante Wallapop, somos calculadores egoístas. Hoy sabemos mucho sobre la naturaleza humana, comenzando por el hecho de su indiscutible existencia, de que no somos un montón de informe arcilla moldeable por la tribu. Los resultados se acumulan en las revistas especializadas, confirmando, con muchos matices, que el repertorio de pulsiones básicas de nuestra especie es el de siempre, el que Tucídides esbozaba en su *Historia de la guerra del Peloponeso*: miedo, honor e interés. Con un poco más de precisión: razones, intereses y emociones.

Por último, los trabajos reunidos en la cuarta parte se ocupan de las instituciones y de sus patologías, en particular de la democracia y la patología populista. Casi todas nuestras instituciones son respuestas más o menos torpes al reto de Kant. Nuestras democracias constituyen un intento de encarar el problema de la toma de decisiones que afectan a la vida

de todos, decisiones que nos permitan dotarnos de leyes justas, incluso con «un pueblo de demonios». Dichas democracias intentarían cuadrar tres objetivos de complicada convivencia: un principio de legitimidad democrática (la voluntad expresada en votos); una función, que para eso se diseñan las instituciones (para resolver los asuntos públicos); y, por último, la exigencia liberal de preservar los derechos, entre ellos el de despreocuparse de los negocios públicos.

Los *Founding Fathers* no hicieron otra cosa que darle vueltas al problema de Kant, y con una minuciosidad propia de agrimensores, sin escamotear tal problema:

Si los hombres fueran ángeles, el gobierno no sería necesario. Si los ángeles gobernarán a los hombres, ningún control externo o interno del gobierno sería necesario.³

Como no es así, debemos levantar instituciones. Nuestras democracias, para empezar, buscarían «refinar y extender las opiniones públicas», y lo harían

pasándolas a través de un órgano electo de ciudadanos cuya sabiduría pueda discernir mejor los verdaderos intereses de la nación, y cuyo patriotismo y cuyo amor a la justicia tengan menos probabilidades de ser sacrificados por consideraciones parciales o circunstanciales.⁴

Y es que hay gente buena; como dice Tracy en la famosa secuencia final de *Manhattan*, cuando se dirige al personaje interpretado por Woody Allen: «No todos se corrompen. Hay que tener un poco de fe en las personas». Eso pensaba Thomas Jefferson, el más optimista de los padres fundadores:

3. J. Madison, «The Federalist, 51», en A. Hamilton, J. Madison y J. Jay, *The Federalist: With Letters of Brutus* (ed. T. Ball), Cambridge UP, Cambridge, 2003.

4. *Id.*, «The Federalist, 10», en *op. cit.*

«La moralidad, la compasión, la generosidad son elementos innatos de la naturaleza humana».⁵ Es posible, pero por si acaso, no vaya a ser, mejor prescindir de la exigencia de virtud de los representantes. Porque, después de todo, quizá tampoco los buenos sean del todo buenos, y más vale prevenir. Así, Hamilton, con el colmillo más retorcido, apostaba por desconfiar y actuar en consecuencia: «El mejor modo de asegurarse la fidelidad de la humanidad consiste en que sus intereses coincidan con sus obligaciones».⁶ Los *checks and balances* (el contrapeso de los poderes), la vigilancia mutua y la competencia de partidos (el castigo de los votantes) obligarían incluso a los malos a comportarse como buenos. El pueblo de demonios sería capaz de identificar con sus votos a los virtuosos, a los santos y sabios. O a quienes puedan oficiar como tales. Da lo mismo, ese era el problema de Kant que resolverían nuestras democracias: mediante las elecciones, los votantes, escasos de virtud, ignorantes y mezquinos, escogerían a los mejores, encargados de producir las buenas leyes.

Ojalá. Por desgracia, como bien sabemos, nuestras democracias andan muy lejos del ideal, y muy cerca del pesimismo que resumían las palabras del expresidente de la Comisión Europea, Jean-Claude Juncker: «Sabemos exactamente lo que debemos hacer; lo que no sabemos es cómo salir reelegidos si lo hacemos». Poco se puede esperar de los ciudadanos. Conocíamos por mil encuestas su ignorancia fundamental de los asuntos públicos. Por ejemplo, con datos de los EE UU de la década de 1990: el 30% de los votantes desconocía quién era su presidente, aunque el 86% sabía cómo se llamaba el perro del mismo; además, solo un 15% sabía que los dos candidatos eran partidarios de la pena de muerte, y la mitad ignoraba que cada estado tiene dos senadores. Y

5. T. Jefferson, carta a Pierre Samuel du Pont de Nemours, 24 de abril de 1816, en J. Appleby y T. Ball (eds.), *Jefferson: Political Writings*, Cambridge UP, Cambridge, 1999, p. 292.

6. A. Hamilton, «The Federalist, 72», en *op. cit.*

no busquemos consuelo en otra parte, pues ocurre por doquier y en todos los asuntos: un 58% de los británicos creía que Sherlock Holmes se paseaba por Londres, mientras que uno de cada cuatro tenía a Churchill por un personaje de ficción. Sobre Franco no tenemos datos. En los últimos años, los resultados se han acumulado y sabemos algunas cosas más, todavía más deprimentes. Gracias a Christopher Achen y Larry Bartels,⁷ podemos confirmar que los votantes son inconsistentes en sus preferencias políticas, que tienen memoria de pez y que, en consecuencia, se muestran incapacitados para seleccionar a los mejores y para penalizar, para castigar a gestión pasada, de manera retrospectiva, a los ineptos. Los ciudadanos, como niños, miopes, prefieren un caramelo hoy que ciento mañana. Y eso los que distinguen el caramelo de la mierda, que son bien pocos.

Hablamos pues del peor material para identificar y responder a los problemas importantes. Ningún reto de relevancia social, de esos que comprometen la continuidad de las sociedades, parece encontrar una respuesta ante la inexorable lógica del ciclo electoral. No hay respuesta porque no hay pregunta, porque los problemas se omiten. Se trata de ganar, y para ganar es mejor rehuir los líos, evitar mencionar las pensiones, la deuda, los retos ambientales. Y el que venga, que arree. Nadie vive hoy de los votos de aquellos que nacerán mañana. La solución de los problemas importantes, para decirlo de manera breve y suave, escapa a las posibilidades de la democracia. Peor aún: hay razones para pensar que la democracia los ignora, cuando no los agrava. No son tiempos de dramas ni matices. Dicho de otro modo: el populismo no es una rareza de la democracia, sino uno de sus constituyentes, de sus inexorables patologías. De eso se ocupan los trabajos recogidos en la última parte. De la democracia y de su achaque populista.

7. C. Achen y L. Bartels, *Democracy for Realists: Why Elections Do Not Produce Responsive Government*, Princeton UP, Princeton, 2016.

La felicidad, en sentido hondo, es la justificación última de todo quehacer: «La única cosa sin misterio [...], porque se justifica por sí sola», como nos recuerda Borges. También es la justificación de los quehaceres académicos: investigamos para mejorar el mundo y nuestra estancia en él. Por supuesto, en algunos casos, la relación entre el conocimiento y la mejora está lejos de ser inmediata. Así, los físicos de altas energías, en sus pizarras o ante el acelerador de partículas, no dedican mucho tiempo a pensar en el bienestar humano. Y se entiende. Las aplicaciones de sus hallazgos, si se encuentran, serán cosa de otros. Pero esa justificación no sirve para quienes se hallan cobijados bajo el pastelero rótulo de las «humanidades». Si a estos no les importa la felicidad, no les puede importar nada seriamente. Y esta clase de felicidad, cuando se la piensa de manera consecuente, es inseparable de una sociedad bien ordenada, es imposible al margen de ella —siempre Aristóteles—. No hace falta entretenerse mucho en la demostración: para ejercer nuestros talentos, nuestras capacidades, es necesario el oxígeno de una sociedad decente. Sin el respeto de mis conciudadanos, sin libertades ni recursos, no hay manera de que saque lo mejor de mí mismo. Por lo tanto, parece razonable esperar que las disciplinas dedicadas al estudio de la sociedad sean las más interesadas en entender, ordenar y valorar cabalmente el mundo. Para mejorarlo.

Así debería ser, pero las preocupaciones parecen otras. Claro está que la reflexión política puede servir para muchas cosas: para ganarse la vida, para viajar por el mundo recorriendo congresos académicos, para embaucar a políticos profesionales simulando disponer de arcanos conocimientos que les asegurarán triunfos electorales sin cuento, para facturar alguna retórica con la que camelar a algunos ingenuos, ante las urnas o en la barra de un bar. Puede servir para eso y para muchas otras cosas. Y no hay nada malo en ello. Uno puede ligar mientras compra el pan. Lo preocupante es cuando la reflexión política solo sirve para eso, cuando es el único objetivo. Cuando nos olvidamos del pan. Si es así, quizá con-

venga pensar en dedicarse a otras actividades. Ya saben, dado que no podemos cambiar el mundo, mejor cambiar de conversación: la poesía.

* * *

Las páginas que siguen se han beneficiado de los comentarios de muchos amigos de bien dispuesto entendimiento. Me resulta imposible acordarme de todos. Vaya aquí mi disculpa. Sí quiero hacer explícito mi reconocimiento a Rocío de Frutos, Susana de la Cuesta y Jahel Queralt, que corrigieron mis muchos descuidos en la edición final del largo texto con el que se abre el libro. Y también, por supuesto, a Roberto Ramos, buen amigo y un editor como aquellos de los que uno oyó hablar a sus mayores, de tiempos que uno nunca llegó a conocer.

FÉLIX OVEJERO
Barcelona, enero de 2020